

Luis Villoro

# Ciencia y sabiduría

Pedro Stepanenko Gutiérrez

*A partir de un ensayo de Luis Villoro escrito en 1959, Pedro Stepanenko, investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM, aborda los razonamientos que el filósofo mexicano recientemente fallecido desarrolló en torno a las diferencias entre la ciencia y la sabiduría, y enlaza esta constante reflexión con el compromiso político que distinguió la conducta ciudadana del autor de Creer, saber, conocer.*

En 1959, el Seminario de Filosofía Moderna, que dirigía José Gaos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, organizó un homenaje a Edmund Husserl para celebrar el centenario de su nacimiento. La obra de Husserl en la que se centró este evento fue *La filosofía como ciencia rigurosa* y entre los alumnos de Gaos que participaron se encontraban Alejandro Rossi, Emilio Uranga y Luis Villoro. A pesar de su ausencia, muchos años después, en 1991, Fernando Salmerón destacaría este evento como el primer paso de la recepción de la filosofía analítica en México, una recepción preparada, a juicio de Salmerón, por la fenomenología, en la medida en que ambas orientaciones exigían de la filosofía una investigación objetiva.<sup>1</sup> El texto que Alejandro Rossi presentó en esa ocasión fue quizás el principal motivo para darle esa significación a ese homenaje. Rossi sugiere en él que los ataques de Husserl a la filosofía como

concepción del mundo y la críticas de Wittgenstein, Reichenbach o Feigl a los sistemas filosóficos tradicionales nos advierten el mismo peligro: el de precipitarnos en la esfera de lo teórico para satisfacer preocupaciones vitales.<sup>2</sup>

La ponencia de Luis Villoro, “Ciencia radical y sabiduría”, estaba orientada en una dirección muy distinta; en algún sentido seguía una dirección opuesta a la de Rossi. Villoro cuestiona ahí la diferencia tajante que Husserl establece entre la filosofía como ciencia rigurosa y como sabiduría o concepción del mundo. La principal razón para cuestionar esta diferencia tajante es que la elección de la filosofía como ciencia debe tomarse en una esfera valorativa, propia de la sabiduría.

La elección de la filosofía como ciencia frente a la filosofía como concepción del mundo no puede ser dictada por la ciencia. La ciencia realiza —como dice Husserl—

<sup>1</sup> Cfr. Fernando Salmerón, “Notas sobre la recepción del análisis filosófico en América Latina” en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 3, 1991, Madrid, p. 132.

<sup>2</sup> Cfr. Alejandro Rossi, “La tentación del filósofo” en *Cartas creenciales*, Joaquín Mortiz, México, 1999, pp. 165-174.



Luis Villoro

valores en cierto respecto superiores a los de la sabiduría. Mas la decisión de realizar la filosofía como ciencia debe fundarse en la estimación preferencial de esos valores sobre los valores de la sabiduría. [...] la elección de la filosofía como ciencia implicará una decisión de saber y una estimación previas a la realización de dicha ciencia y que, por lo tanto, no parten de ella.<sup>3</sup>

Esta relación práctica entre filosofía como sabiduría y como ciencia no debe, sin embargo, borrar sus diferencias:

de realizarse la filosofía como ciencia, esas motivaciones de sabiduría en nada menguarían la validez de la ciencia, pues no forman parte de la estructura de *fundamentación* de la filosofía científica. Con todo, la realización de la filosofía como ciencia resultaría, a la par, *cumplimiento* de una forma de sabiduría. Si desde la perspectiva de la ciencia, la sabiduría puede verse como “realización imperfecta de la ciencia en el tiempo”; desde la perspectiva de la sabi-

duría, la ciencia podría considerarse como realización de una forma de sabiduría.<sup>4</sup>

Quienes estén familiarizados con la obra de Villoro recordarán la importancia que le otorga a la diferencia entre ciencia y sabiduría en *Creer, saber, conocer*, 23 años después del texto que acabo de citar. En este libro enfatiza que ciencia y sabiduría son dos tipos de conocimiento cuya legitimidad y límites deben ser plenamente reconocidos, so pena de conducir a la intolerancia. Pero, al igual que en el texto de 1959, sostiene que el reconocimiento de sus propias esferas no significa que no estén relacionados. Desconocer esta relación —sostiene en *Creer, saber, conocer*— equivale a fomentar una ciencia desvinculada de intereses humanos y encubrir una forma de dominación.<sup>5</sup> Sobre este último punto volveré más adelante. Antes quiero detenerme en los orígenes y en la caracterización de esta diferencia.

Como recordarán, Villoro caracteriza a la ciencia como un conjunto de conocimientos compartidos por una comunidad epistémica, un conjunto de enunciados objetivamente justificados, es decir, justificados por razones accesibles a cualquier miembro de esa comunidad. La sabiduría, en cambio, es un conocimiento basado primordialmente en la experiencia personal que no se puede transmitir mediante razones objetivamente suficientes. La primera tiene que ver con asuntos teóricos y abstractos que pueden ser útiles a cualquier persona independientemente de su actitud hacia la vida. Le interesan los objetos singulares en la medida en que representan relaciones entre conjuntos de objetos que pueden expresarse en enunciados generales. La segunda, en cambio, tiene que ver con asuntos prácticos, con actitudes morales y encarna una forma de vida que presupone una concepción del mundo, una visión global que le otorga sentido a nuestra existencia. Es conocimiento acerca de los fines y de los valores de nuestras acciones que pretende captar la vida en su especificidad. La manera en que se conforma una comunidad que comparte una sabiduría, una concepción del mundo, no tiene que ver con presentar pruebas que deban aceptar los miembros de esa comunidad, sino con la formación en una cultura, en una forma de vida.<sup>6</sup>

Esta diferencia entre ciencia y sabiduría tiene su historia y vale la pena indagar sus fuentes para comprender el espíritu crítico con el cual Villoro abordaba cualquier corriente filosófica y la manera en que podía echar mano de ciertos planteamientos sin importarle las etiquetas y los prejuicios con los cuales una visión superficial de la filosofía desecha ideas valiosas. Lo primero que

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 146.

<sup>5</sup> Cfr. Luis Villoro, *Creer, saber, conocer*, Siglo XXI Editores, México, 1982, pp. 291-297.

<sup>6</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 222-236.

<sup>3</sup> Luis Villoro, “Ciencia radical y sabiduría” en *Estudios sobre Husserl*, UNAM, México, 1975, pp. 144-145.

quiero señalar es que la importancia que le dio a la diferencia entre ciencia y sabiduría es algo que compartió con varios de sus contemporáneos, en particular con su amigo y colega Fernando Salmerón. Ambos fueron alumnos de José Gaos, quien distinguía filosofía y ciencia más o menos en esos términos: la filosofía era para él un saber inspirado en experiencias personales que pretendía ofrecer una visión del objeto más concreto que podemos pensar, la realidad en todos sus aspectos, pero que, precisamente por albergar semejantes pretensiones, tenía que fracasar y resolverse en confesión personal. En contraste con la filosofía, la ciencia era objetiva pero solo alcanzaba a ofrecernos una visión abstracta de la realidad en la medida en que tomaba de los objetos singulares solo aquello que puede expresarse en leyes generales.<sup>7</sup> Esta distinción a su vez estaba inspirada en la diferencia que el joven Ortega y Gasset, maestro de Gaos, veía entre ciencia y arte como dos intentos por entender la vida: uno mediante la búsqueda de leyes generales que solo logra ofrecer una visión abstracta a la que llama “naturaleza”; otro, el arte, que intenta captar lo específico mediante ficciones.<sup>8</sup> Creo que esta es la primera fuente de la diferencia entre ciencia y sabiduría que compartieron Villoro y Salmerón.

La segunda fuente es la diferencia husserliana entre filosofía como ciencia rigurosa y como concepción del mundo que Villoro comenta en el texto de 1959. Creo, sin embargo, que hay una tercera fuente que me lleva a conjeturar que Villoro y Salmerón tuvieron largas conversaciones sobre este punto. Me refiero a la diferencia entre validación y vindicación que uno de los representantes del positivismo lógico, Herbert Feigl, deriva de la diferencia entre cuestiones internas y externas de Rudolf Carnap.

Salmerón se tomó muy en serio la relación que Villoro enfatiza en su texto de 1959 entre filosofía como conocimiento objetivo y como sabiduría. En los textos que representan su pensamiento más acabado invirtió realmente muchos esfuerzos en entender la relación entre estos dos sentidos de filosofía en el ámbito de la ética y la moralidad. Entre estos textos se encuentra “La filosofía y las actitudes morales”, en el cual recurre a la diferencia entre validación y vindicación de Feigl.<sup>9</sup> De acuerdo con esta diferencia, la validación de un juicio moral consiste en mostrar argumentativamente cómo ese juicio se sigue de las normas últimas de un determinado sistema moral. La tarea de la ética, que es

teórica, consiste precisamente en exhibir esas normas y mostrar cómo los juicios morales se derivan de ellas. Pero esto no las justifica. Para ello hay que recurrir a los intereses y a los ideales de las personas que aceptan esas normas, lo cual requiere que abandonemos el plano estrictamente teórico y comprendamos la posición desde la cual se adoptan. En esto consiste la vindicación. Para Feigl, la ética, como disciplina teórica, debe ceñirse al plano de la validación y reconocer que “es inútil criticar un sistema de normas en los términos de otro que es lógicamente incompatible con él”.<sup>10</sup>

No sé realmente si Villoro conocía las ideas de Feigl. En *Crear, saber, conocer* no lo menciona. Sin embargo, creo que hay una afinidad clara entre estas ideas y el texto de 1959 que presentó en el centenario de Husserl. Ambos autores señalan que la justificación de una determinada actividad teórica debemos buscarla en la concepción de la vida humana que suscriben quienes llevan a cabo esa actividad. Ambos aceptan también dos tipos de justificación: la que se da al interior de la actividad teórica y la que se da desde fuera de la misma.

En *Crear, saber, conocer*, Villoro dedica mucho espacio a delimitar las esferas de la ciencia y de la sabiduría. Parece más preocupado por distinguirlas. Sin embargo, hacia el final del libro, cuando advierte sobre los peligros de no reconocer el valor de ambas esferas, vuelve al planteamiento de 1959. Lo hace cuando denuncia un arma de dominio que denomina “cientificismo” y que viola una de las normas de la ética de la creencia que propone en el último capítulo. Me refiero a la norma de autonomía de la razón, conforme a la cual “todo sujeto debe respetar que los demás se atengan, en sus creencias, a sus propias razones tal como se le presentan, aunque él no las comparta”.<sup>11</sup> Una norma que debe conciliarse con la norma de la justificación racional, conforme a la cual debemos procurar la justificación más racional posible de nuestras creencias.

El científicismo es para Villoro aquella postura que no acepta más conocimiento que el de la ciencia y rechaza el valor de la sabiduría porque sus razones no son incontrovertibles.<sup>12</sup> Pero la sabiduría es el tipo de conocimiento que la ciencia requiere para ser valorada. “La ciencia misma —escribe Villoro— no puede plantearse el conocimiento de valores ni la elección de fines. Ambos son asuntos de la sabiduría. Y la sabiduría no se funda en razones objetivas, es el fruto de un conocimiento personal”.<sup>13</sup> El rechazo a toda considera-

<sup>7</sup> Cfr. José Gaos, *Confesiones personales*, FCE, México, 1958, pp. 11-14.

<sup>8</sup> Cfr. José Ortega y Gasset, “Adán en el paraíso” en *Obras completas I*, Revista de Occidente/Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 473-493.

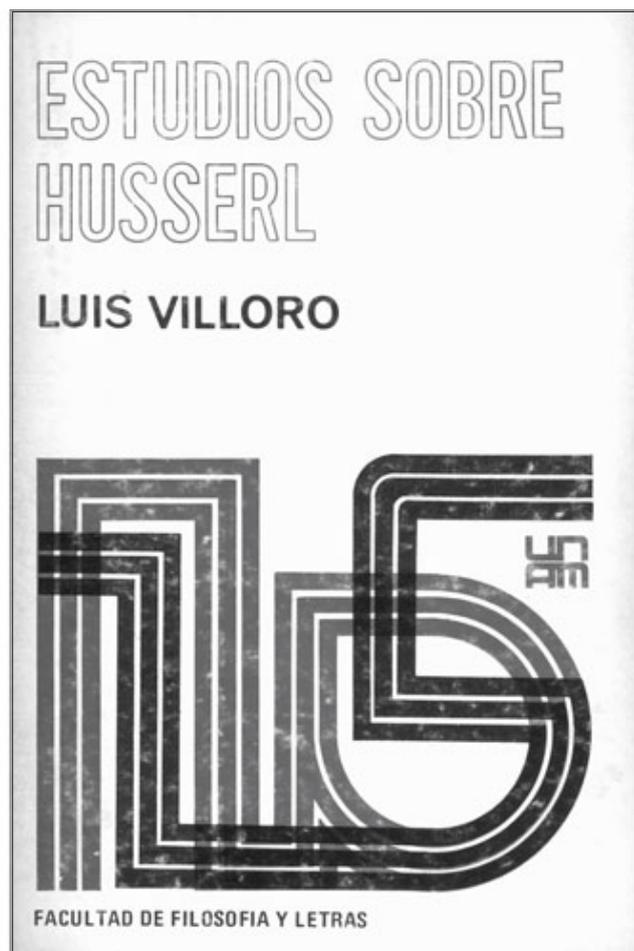
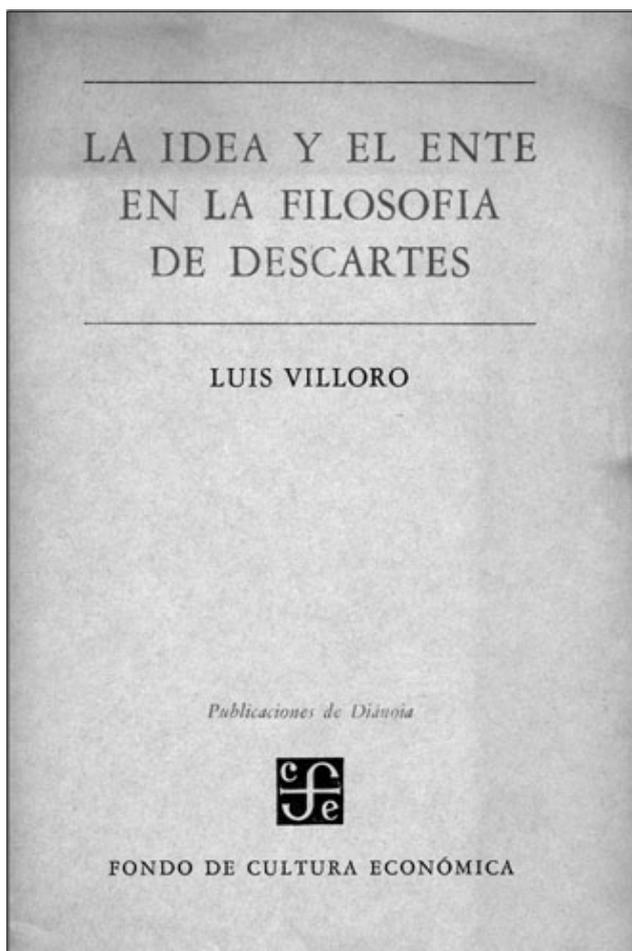
<sup>9</sup> Cfr. Fernando Salmerón, “La filosofía y las actitudes morales” en *La filosofía y las actitudes morales*, Siglo XXI Editores, México, 1971, pp. 150-156.

<sup>10</sup> Herbert Feigl, “Validation and Vindication. An Analysis of the Nature and Limits of Ethical Arguments” en W. Sellars y J. Hospers (editores) *Readings in Ethical Theory*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1952, p. 678.

<sup>11</sup> Luis Villoro, *Crear, saber, conocer*, p. 285.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 293.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 295.



ción evaluativa en realidad se vuelve en contra del propio cientificismo porque su negativa a tomar posición lo acaba comprometiendo con el orden social que le permite rechazar la sabiduría. Debe rechazar cualquier cambio social y cualquier actitud disruptiva por estar inspirada en una cuestión de valores, con lo cual queda comprometido con el orden vigente.

Pero la relación entre la ciencia y la sabiduría que plantea Villoro desde 1959 no solo le sirve para denunciar al cientificismo, también le sirve para argumentar en defensa de la pluralidad cultural, ya que la plataforma valorativa desde la cual nuestra sociedad proyecta a la ciencia como uno de sus principales valores no es un conocimiento que opere con razones incontrovertibles. Por ello no se le puede exigir a los miembros de otras culturas que la adopten. La ciencia solo puede ofrecerse como un valor que puede incorporarse a otras concepciones del mundo, no como un valor que debe ser impuesto.<sup>14</sup>

Todos sabemos del compromiso de Villoro con el movimiento zapatista y, en general, con los movimientos que buscan un orden social más justo. Sabemos también de su defensa de la pluralidad cultural. Lo que se suele ignorar es que esos compromisos no estuvieron determinados por haber enarbolado un tipo específico de

<sup>14</sup> *Ibidem*, pp. 285-286.

filosofía. Mejor dicho: se suele pensar que el tipo de compromisos que Villoro adoptó se siguen de ciertas posiciones filosóficas. En el caso de Villoro esto es falso y lo es porque Villoro era un gran filósofo. No hay para él ningún otro instrumento del pensamiento de liberación que la actividad crítica.<sup>15</sup>

Me he detenido en presentar algunas de las posibles fuentes de una diferencia que es central en la filosofía de Villoro y desde la cual puede denunciar posiciones encubiertas de dominio y defender el pluralismo cultural —me he detenido en ello, repito— para mostrar que su pensamiento podía nutrirse de las más diversas fuentes, como el historicismo de Ortega y Gasset, el personalismo de Gaos, la fenomenología o el positivismo lógico, sin, por ello, abandonar sus convicciones políticas. Estamos hablando de un filósofo que no necesitaba refugiarse en ninguna capilla, que no reconocía más que la solidez de las ideas y de los argumentos. Un pensador crítico que no se amedrentaba ante ningún prejuicio, cualesquiera fueran sus colores. **U**

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 292.

Texto leído el 11 de abril de 2014 en Morelia en el Homenaje a Luis Villoro del XVII Congreso Internacional de Filosofía de la Asociación Filosófica de México en ocasión de su fallecimiento el 5 de marzo pasado.